

Si moria uno en la guerra allí lo enterraban sin ceremonias, y cuando volvian de la guerra traían una saeta del muerto y dábanla á los de su casa, los cuales la componian y ataviaban y la tenian por imagen del muerto, y después vestida con las insignias del sol la quemaban.

A los que mataban por adúlteros, los de su casa les hacian una imagen y componianla con los ornamentos de un dios llamado Tlacolteutl, que quiere decir dios de la basura ó de la suciedad, á este encomendaban las ánimas de los tales porque holgaba de ser servido de hombres torpes y sucios.

A los que morian ahogados sino hallaban sus cuerpos hacíanles sus figuras y poníanles las insignias del dios del agua, porque lo hiciesen bien con ellos pues los habia llevado para sí.

En algunas partes á los que no eran casados aunque vestian y ataviaban sus cuerpos no los quemaban, mas sepultábanlos debajo de tierra, esta manera de sepultar los difuntos era lo más común en todo lo más principal de la Indias Occidentales.

CAPITULO VII

De las ceremonias que se guardaban en los entierros y sepulturas de los Reyes de Mechuacan, de la mucha gente que mataban para enterrar con el Rey.

Todavía en diversos reinos y provincias de las Indias habia diferentes maneras de sepultar los muertos, y si en alguna parte se trataba este negocio con gran cuidado, era en el reino de Mechuacan, y ansi me parece que es bien que digamos algo, que no sabrá mal al que es amigo de saber cosas tales, cuales esta república tiene.

Cuando el Rey de los de Mechuacan enfermaba, todos sus médicos se juntaban para cu-

arlo, y si su enfermedad crecía enviaban á llamar todos los médicos más famosos de su reino y procuraban lo posible para su salud.

Si la enfermedad era mortal, luego el que habia de suceder en el reino enviaba á llamar á todos los señores del reino y á los gobernadores y capitanes; cualquiera que no venia caía en mal caso y pasaba por la pena de traidor, si ya no enviase á excusarse legítimamente, y venidos, cada cual, según venia y era de calidad, hacia un presente al Rey enfermo.

Cuando ya se veía estar cercano á la muerte, no entraba nadie á él, aunque fuese otro Rey ú otro gran señor.

Muerto el Príncipe, poníanlo en el patio de su palacio, y los dones y presentes que le habian traído sus vasallos poníanlos acerca dél, y allí tenían su silla é insignias y armas de que él habia usado viviendo.

Puesto allí el Rey, el heredero avisaba á los señores y á todos los que estaban en la corte como era muerto el Rey su señor, lo cual sabido por ellos, luego alzaban gran grita y alaridos por la muerte del Rey, y abiertas las puertas del palacio, entraban todos al lugar adonde estaba el Rey difunto.

Estos señores, con los más privados y ancia-

nos de la casa real, tomaban el cargo de aderezar el cuerpo, y lo primero que hacían era lavarle y lo mesmo se hacia con aquellos que después habian de morir para lo acompañar, salvo que á ellos lavábanlos en vida y al otro después de muerto.

Los ornamentos que llevaba eran estos: poníanle junto á las carnes una buena camisa de las que usaban, los señores calzábanle unas como sandalias, que son unas suelas como de alpargatas, pero hechas con gran primor y pollicía, las cuales tenían para que se apegasen á los piés unas correas hechas de cuero de venado adobado, las cuales se prendían sutilmente á los dedos de los piés.

Poníanle cascabeles de oro en las gargantas de los piés, y en las muñecas sartales de piedras turquesas, que son las madres de las esmeraldas, las cuales precian mucho ellos.

Añadíanle un trenzado de pluma muy rico, y al pescuezo le ponían unos collares también de piedras preciosas, y en las orejas le ponían unas arracadas de oro muy grandes y ricas, poníanle en los brazos dos brazaletes de oro y en los labios le hacían un agujero y allí también le ponían unas argollas de oro y turquesas.

Hacíanle una cama muy alta con infinitas mantas tejidas y labradas ricamente con varia diferencia de colores, y sobre ella ponian el cuerpo, y encima le ponian otras mantas más ricas, de manera que así lo tenian acostado como si estuviera vivo.

Esta cama estaba armada con sus tablones y tenia hechos unos agujeros por donde metian unas palancas para poder llevar á hombros el cuerpo, al modo de nuestras andas.

También hacían encima de la cama otro bulto menor, adonde ponian un muy rico penacho de plumas verdes, y allí ponian todas las armas reales y un carcax de cuero de tigre con el arco y flechas.

Aparejado de esta manera el túmulo y cama en que habia de ir el Rey muerto, salian sus mujeres y comenzaban á llorar á grandes voces.

Era ley, y que no se podia quebrantar, que fuesen sepultados muchos hombres y mujeres con el Rey, y así luego que el Rey moria morian ellos, porque los sacrificaban, y así mesmo los vestian ricamente, porque habian de ir en la procesión con el Rey muerto, por cuanto enterrándolo habian de ir las almas de aquellos con él á servirlo.

No morian estos acaso ó tomaban cualquier hombre común, mas el sucesor en el reino nombraba los que habian de morir.

Señalaba principalmente siete señoras principales para que cada una tuviese en la otra vida su oficio.

La primera llevaba todas las piezas de oro y joyas que habian puesto al Rey, y ella las llevaba al pescuezo.

Y la segunda era la camarera, la cual habia de tener cargo de sus vestidos y joyas.

La tercera era la que habia de servir de copa dándole á beber de su vino y cacao.

La cuarta le habia de dar aguamanos, y le tenia la taza mientras bebia.

La quinta era cocinera y otra que le daba el orinal. La séptima no hallo qué oficio tuviese.

Sin estas mujeres principales, morian otras inferiores para el servicio de las señoras y para otras cosas que ellos creian ser necesarias.

También habian de ir muchos hombres, y entre ellos eran algunos principales, porque habia persona señalada que llevaba las mantas y vestidos reales, otro que lo peinaba y trenzaba los cabellos, otro para que le hiciese las guirnaldas de flores, otro para que le llevase la silla, otro para que llevase hachas de cobre para cortar

leña, otro para llevarle el ventallo, otro que llevase el calzado, otro para los perfumes y cañutos que arriba dije, que eran para confortar el cerebro, otro para barquero ó remero, para cuando pasase ríos y mar, otro para barrer, otro para cazador, un portero de su sala, un portero de las mujeres, un oficial de hacer plumajes ricos, un platero para que le hiciese joyas, un tañedor y un bailaror, un oficial de hacer atabales, otro que supiese hacer arcos y flechas, dos ó tres monteros.

Algunos de aquellos médicos que no lo pudieron sanar, que sin duda él llevaba una gentil provisión, porque no matasen á los que quedaban, un truhán, un hombre gracioso, que le solia contar cuentos y novelas, un botiller que le hacia los vinos, y así iban otros hombres que sabian diversos oficios.

Sin estos que señalaba el nuevo Rey, habia otros que de su voluntad querian morir, por el amor que tuvieron á su señor, y decian que aquello hacian porque habian comido su pan, y que quizá el Rey que sucedia no les haria tan buen tratamiento; pero muchas veces no se les permitia ir ni morir, porque decian que bastaban aquellos para servirlo, y tenian razón, porque todos sobraban.

Todos estos hombres y mujeres que habian de morir los aderezaban de vestiduras ricas, dándoles mantas muy blancas y poniéndoles guirnaldas en las cabezas, teñíanles los rostros de color amarillo, y unos iban tañendo con unos huesos de lagartos, ó por mejor decir de cocodrilos, y otros con unas rodela ó conchas de tortugas, que son mayores que una gran rodela de las nuestras, y así iban en procesión y por buen orden.

Los señores y sus hijos tomaban el cuerpo en los hombros, y los parientes del Rey y los de sangre real iban junto al cuerpo, cantando un cantar que ellos tenían acomodado para aquella ceremonia.

Estos tales llevaban sus insignias y señales de caballeros y valerosos hombres, ó las que ellos habian adquirido por sí, ó las que habian heredado de sus mayores.

Sacaban del palacio real al difunto á media noche, pero llevaban tantas luminarias delante de sí, que parecia de dia, y llevaban así mesmo muchos instrumentos músicos á su modo.

Delante de todos iban los que habian de morir, barriendo la calle y diciendo: «Por aquí has de venir, mira no pierdas el camino.»

Y por este orden llegaban hasta el patio del

templo. Estaba en aquel lugar una gran hacina de leña seca, bien puesta, toda de rajas de pino; llegados allí, daban todos por el orden que venian cuatro vueltas al rededor de la leña tañendo sus instrumentos músicos, y luego así como venia con su cama y muchas mantas, lo ponian sobre la hacina de la leña, y los deudos y de la casa real comenzaban á cantar otro nuevo canto que estaba acomodado para aquel tiempo, é incontinenti pegaban fuego á la leña por diversas partes, y comenzando á arder el fuego con fuerza, salian los que estaban diputados para sacrificar aquellos hombres que habian de morir, y con unas grandes mazas les achocaban las cabezas, y llevábanlos á enterrar detrás del templo, y en las oyas los metian de cuatro en cuatro, empero antes que los matasen les daban de comer mucho y de beber hasta emborracharlos, porque no sintiesen tanto la muerte. Y tanta prisa se daban, que cuando amanecia ya estaba quemado el cuerpo del Rey y hecho ceniza. Todos aquellos señores que habian venido á las obsequias estaban presentes allí sin moverse un punto, y por ser gran cosa aquella, no podian atizar la lumbre otros sino ellos, ni tocar en cosa alguna de aquellas, porque las tenian por cosa grande.

Quemado el cuerpo, tomaban las cenizas y los huesos que quedaban, y las joyas ricas que se habian derretido, y todo junto lo echaban en una manta, y sobre ella hacian un gran bulto, y aquel lo trazaban en forma de estatua y le ponian una máscara y muchos penachos y otras piedras y joyas, y poníanle también una rodela á las espaldas, que era toda de oro, y al un lado sus arcos y flechas, y calzábanle unos zapatos ricos y muchos sartales de piedras preciosas y otras joyas en las piernas, de manera que tan ricamente aderezaban aquella estatua, como el cuerpo difunto cuando lo querian llevar á quemar.

Hecho esto hacian al pié de las gradas del templo, adonde habia de ser sepultado, una grande y honda sepultura, y entapizábanla de aquellas esteras ricas y finas que tenian, y en el suelo armaban otra cama muy suntuosa, y uno de los sacerdotes que tenia cargo de llevar los dioses á cuestras, tomaba aquellas cenizas con aquel bulto, y cargado en las espaldas lo llevaba á la sepultura, la cual estaba también cercada de rodelas de oro y plata, y muchos carcaxes, y arcos, y flechas, como trofeos de las victorias y memorables hazañas que habia hecho.

Poníanse también allí muchas ollas y vasos con manjares y vino.

El sacerdote asentaba el bulto sobre una tinaja que estaba al lado de la sepultura, y de allí lo ponía sobre la cama.

Habia alrededor infinidad de cajas hechas de hoja de palma ó de cañas delgadas en cuerdas, que ellos llaman en su lengua Petacas.

Dentro destas había infinitas cosas de la recámara real, porque había penachos de diversas maneras, mantas ricas, joyas muy preciosas, y en fin, cosas de gran precio y valor, y todo lo que quedaba vacío de la sepultura, henchían de semejantes cosas, creyendo que todo aquello le era necesario al Rey después de muerto. Ya que estaba llena la sepultura, cubríanla con unas vigas, y sobre ellas unas tablas, y sobre todo echábanle un suelo de tierra ó cal ó de otra materia que ellos tenían para este menester.

Concluido con esto, todos aquellos que habían tocado en el Rey muerto ó en los otros que habían sacrificado, se iban á bañar porque no se les pegase alguna enfermedad, los cuales lavados, volvían al mismo lugar de la sepultura, y juntos con aquellos grandes señores y caballeros, volvían al patio del palacio real, y allí les

estaban aparejadas mesas y asientos, según la calidad de sus personas, y daban un gran convite á su estilo, y el Rey que sucedía se sentaba con ellos, pero las mesas no tenían aquel día manteles, mas enviaba el nuevo Rey á cada uno un poco de algodón en pelo, para que se limpiase los hocicos y manos después de haber comido.

Acabada la comida, estaban en aquel patio casi todo el día, por espacio de cinco días, adonde ni hablaban ni miraban á alguna parte, mas fijos los ojos en tierra estaban en gran silencio, con gran representación de tristeza.

En aquellos días ninguno trabajaba (digo de los que vivían en la ciudad) ni molían maíz, que era su pan ordinario, ni se encendía en ninguna casa lumbre.

Todos los tratos y mercados cesaban, nadie compraba ni vendía.

Estaba la ciudad sola y con gran silencio, porque ni mujeres ni hombres no salían por las calles, lo cual era como en señal de que se les había muerto su señor.

Los señores de las provincias salían de noche, unos una noche y otros otra, é iban á los templos y á la sepultura del señor, y allí hacían oración toda la noche.

El que tenía cuidado que estas ceremonias se hiciesen y que hubiese buen orden en todo, era el que sucedía en el reino, lo cual él hacía como en señal de reconocimiento de que le había dejado tantos reinos y señoríos, y porque creía que si él lo hiciese bien, su sucesor haría lo mesmo con él cuando muriese.

Estas, pues, son las ceremonias que se guardaban en las obsequias y enterramientos de los Reyes de Mechuacan, que son harto diferentes de las que hemos escrito de los Reyes de México; yo creo que en el resto de las Indias ó Nueva España había poca más diferencia en las obsequias de los demás Reyes y señores; á lo menos yo no he hallado más, y por esto acabo aquí con este punto.

CAPITULO VIII

De las ceremonias que hacian los indios de la Vera Paz en los enterramientos de sus muertos. Con otras cosas dignas de ser sabidas.

Cuando los caciques y señores de la Vera Paz caían enfermos, lo primero en que se entendía, era en juntar y llamar médicos.

Esto no sólo era entre aquellos señores común cuando llegaban á lo extremo ó tenían alguna indisposición aguda ó peligrosa, mas á cualquier Ax (como acá solemos algunas veces decir), llamaban los médicos ó físicos.

Estos físicos reverenciaban tanto á sus señores que jamás se apartaban de sus presen-